

BIBLIOTECA POPULAR NUMERO TRES

EL CORAZON DEL HOMBRE



ES UN
Templo de Dios
O UN
Taller de Satanás

Representado alegóricamente
en diez estampas
explicado por

JUAN GOSSNER

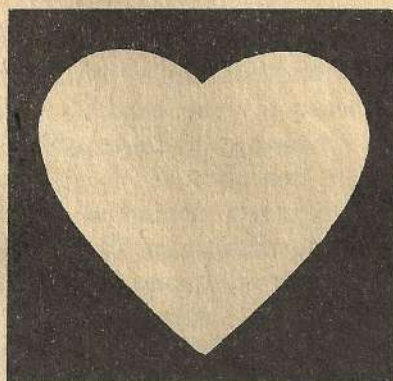
Pastor que fue de la Congregación
Bohemia-Luterana en Berlín

LA ANTORCHA DE MEXICO, - Puente de Alvarado 34 - México 1, D. F.

COMPLETANDO 1.700,000 DE LA BIBLIOTECA POPULAR

BIBLIOTECA POPULAR NUMERO TRES

EL CORAZON DEL HOMBRE



ES UN
Templo de Dios
O UN
Taller de Satanás

Representado alegóricamente
en diez estampas
explicado por

JUAN GOSSNER

Pastor que fue de la Congregación
Bohemia-Luterana en Berlin

LA ANTORCHA DE MEXICO, - Puente de Alvarado 34 - México 1, D. F.

COMPLETANDO 1.700,000 DE LA BIBLIOTECA POPULAR

Propiedad de: Hna. Alicia M de R

AL LECTOR

Este folleto fue traducido del francés y publicado en Würtzburg por el grabador de la Universidad, bajo el epígrafe: "Espejo espiritual de la conducta moral, en el cual toda persona deseosa de alcanzar la salvación puede contemplarse a sí misma, reconocer el estado de su alma y enderezar provechosamente sus pasos según las enseñanzas que de él se desprenden". El editor lo dedicó al obispo de Würtzburg, con la confianza de que semejante obra merecería su beneplácito.

En la presente edición (sigue hablando el que publicó la edición de 1812, la cual sirve de base para la presente traducción al castellano) hanse introducido muchos cambios y se ha hecho cuanto ha sido posible para armonizarla en todo con el evangelio. En el intervalo de 1812 a 1968, no ha habido variación alguna en la verdad, la cual es perenne e incapaz de mudanza, pero no puede decirse lo mismo del gusto crítico y abrigamos la convicción de que el espíritu que informa nuestra época mirará esta obrita, no por cierto con placer, ni aún con benignidad, sino con malevolencia y fiereza, por el motivo que en ella se representa con pasmosa realidad al diablo como autor de todo pecado y de la esclavitud espiritual, con no menos exactitud a Cristo, morador divino en el alma, como autor de la vida y libertad de los hijos de Dios. El espíritu moderno se ríe del diablo como si fuera un mito, y niega lo mismo su existencia y su poder sobre los hombres; tampoco acepta las enseñanzas de la Palabra Santa respecto a Cristo y la redención por El efectuada. Mas como ya por esta misma razón nos consta que el espíritu moderno, no es de Dios, sino de Satanás, nos tiene sin cuidado el que este opúsculo le complazca o deje de agradarle. Tomamos por autoridad a Cristo y las doctrinas apostólicas y hallamos tan excelente esta base que no la cambiaríamos por ninguna idea de los tiempos actuales. He aquí lo que explícitamente enseña Cristo a Sus apóstoles:

Así como Dios tiene establecido Su reino en los creyentes y personas piadosas, morando en ellos como en Su templo, vivificando,

purificando, santificando y bendiciéndoles por Su poder divino de paz (que sobrepasa todo entendimiento), de justicia, de gozo inefable y de la vida eterna, así también Satanás ha erigido su trono en los malvados, incrédulos e impíos. Este calificado de "el Maligno", obra en ellos la maldad, habita en ellos y los hace infelices y eternamente desdichados.

Según las enseñanzas de Cristo, el enemigo que siembra cizaña en medio del trigo, es el diablo (Mateo 13: 25-26). La cizaña se hace manifiesta; no podemos despreciarla, ni mucho menos negar su existencia; y ¿quién se atreverá a afirmar que nadie la sembró? Haciéndolo será facilitar en lo sucesivo la siembra de tan perniciosa semilla.

Dijo Cristo a los impíos e incrédulos: "Vosotros de vuestro padre el diablo sois, y los deseos de vuestro padre queréis cumplir. El, homicida ha sido desde el principio, y no permaneció en la verdad; porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de la mentira" (Juan 8:44).

Asimismo enseña el apóstol Pablo que Satanás es un príncipe, un potentado, un espíritu que ejerce gran poder, adalid de las tinieblas de este mundo, y que existen espíritus malignos en el espacio, contra los cuales nos es preciso pelear (Efesios 6:12).

El mismo apóstol afirma además que Satanás es dios en este siglo, esto es, de los hombres malvados e impíos, quien han cegado su entendimiento para que no los alumbre la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios (II Cor. 4:4). Por lo tanto, el no creer en el evangelio de Cristo resulta ser una ceguera diabólica. También declarar el apóstol que Satanás obra en los hijos de la desobediencia. Hállanse muertos en sus delitos y pecados los impíos, o sean cuantos viven conforme a la condición de este mundo, a merced del príncipe de la potestad del aire (Efesios 2:2).

El apóstol Pablo advierte que Satanás es el adversario de los fieles y piadosos, su enemigo y tentador, que nunca descansa, sino que cual león rugiente anda alrededor buscando a quien devore (I Pedro 5:8).

El apóstol Juan le califica de engañador, que lleva embaucado con sus artimañas al mundo entero (I Juan 4:1; 5:19). Es el autor

de maldad, peca desde el principio; el que ha introducido en este mundo el pecado, y por medio del pecado la muerte (I Juan 3:8).

El apóstol Santiago escribe así: "Resistid al diablo y de vosotros huirá" (Santiago 4:7).

Jesús dio potestad a Sus discípulos de echar fuera demonios, dotándolos de una fuerza que superaba a la del enemigo (Mateo 10:1; Lucas 9:1); y en la epístola a los Efesios 6:13, el apóstol Pablo indica la armadura de Dios junto con las armas ofensivas y defensivas mediante las cuales debemos luchar contra el diablo, y las cuales nos permiten resistirle y apagar todos los dardos encendidos del maligno espíritu (Efesios 6:16).

En vista de lo dicho, al que cree la doctrina de Jesús y de sus apóstoles no le cabe duda de que el corazón humano o es templo de Dios, o bien es taller de Satanás; en otras palabras, que así como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo viven y obran en los creyentes, así también Satanás impera en los impíos y los domina.

En este folleto las antes dichas verdades genuinamente bíblicas y cristianas, y siempre aceptadas por la Iglesia Universal, se ofrecen con comentarios y se aplican a los individuos por medio de símbolos y figuras, con el propósito de despertar la conciencia de los pecadores que yacen bajo el dominio y esclavitud de Satanás, y de confirmar a los píos en su fe y vida santas.

En cada figura vea un corazón, junto con un semblante que indica el estado de aquel, ya que dicho corazón es el trono y centro de operaciones lo mismo de los buenos que de los malos. Hay que juzgar al hombre entero. El semblante es, por decirlo así, el rótulo expuesto por el hombre interior, manifestando hasta cierto punto el espíritu que le anima. Por lo cual, querido lector, a la vista de cada figura dirige una mirada dentro de tu propio pecho, contempla a tu hombre interior, con el fin de averiguar tu estado espiritual y de saber quién reina en ti, Cristo o Satanás; si se halla establecido en tu espíritu el reino de Dios o del diablo, o si eres hijo libre de Dios o esclavo del pecado y de Satanás. No emprendas tal examen con indiferencia, sino con sinceridad y energía, sé franco y veraz, al reconocer en tu fuero interno y confiesa a tu Dios el verdadero resultado de tu investigación. Te encuentras ante el Dios justo, que penetra los corazones y efectos más íntimos, que todo lo escudriña y todo lo sabe, y del cual nada puede ocultársele de lo que hay en ti.

Si descubres en ti la maldad, arrepíentete de ella. No te entregues a la desesperación, sino confíésalo ingenuamente y vuélvete a Cristo. El es tu Salvador, lo mismo que el de otros; ha venido a este mundo para salvarte a ti y ampararte, deseoso de destruir las obras del diablo, de rescatarte del poder de aquel tirano y trasladarte a Su reino, el reino del amado Hijo de Dios (Col. 1:13). El puede infundirte fuerzas para que dejes de ser súbdito de Satanás y siervo del pecado. El puede ponerte en libertad, y cuando El te liberta, eres verdaderamente libre.

EXPLICACION de las FIGURAS

PRIMERA FIGURA

HE AQUI REPRESENTADO EL CORAZON DE UN HOMBRE QUE SIRVE AL PECADO Y SE DEJA DOMINAR POR SATANAS

Este es el estado del corazón de un hombre mundano, que se entrega al vicio y vive conforme al espíritu que gobierna el siglo, el espíritu que obra en los hijos de la desobediencia (Efesios 2:2). En el rostro vese dibujada la ligereza o frivolidad que no se inquieta por causa del pecado, que no tiene nada por ilícito, sino que se regala con cuanto puede antojársele a un corazón depravado y se entrega a una vida disipada sin parar mientes en Dios, en la eternidad y en el juicio.

En este corazón impera Satanás junto con su séquito, que son siete pecados radicales simbolizados por los siete animalès.

El pavo real, cuya larga cola de pluma con cambiantes de oro y azul se extiende en rueda, supera a todas las demás aves en orgullo y gracias, o a causa de riqueza, hermosura o altos puestos de honor, representa la soberbia, pecado que, debido a ciertos méritos, talentos todo lo cual son favores inmerecidos de Dios, induce a tantas personas a complacerse en sí misma y a envanecerse como si fuesen mejores que sus semejantes, y a tener en poco, despreciar y oprimir a los demás.

El macho cabrío, animal hediondo y lascivo, es imagen de la concupiscencia y de toda suerte de impurezas; mientras que el cerdo es símbolo de la intemperancia, gula, embriaguez y relajación.

El sapo, reptil que se alimenta de inmundicias, figura la avaricia que impulsa a los hombres a codiciar con afán insaciable los bienes terrenos.

La serpiente que, envidiando la felicidad de nuestros primeros padres, los engañó y sedujo, es imagen fiel de la envidia, de la malignidad y de la falsedad.

La cochina, conocida por su apetito desenfrenado e insaciable que come de todo, es figura del glotón que come con exceso y desordenadamente.

El tigre, una de las bestias más feroces y crueles, representa la ira y la malicia que mueven a los hombres a cometer hechos característicos de tan feroces animales.

La tortuga que se arrastra lentamente, recuerda la ociosidad y tibieza, vicios que privan al hombre de todo celo, de toda inclinación al bien.

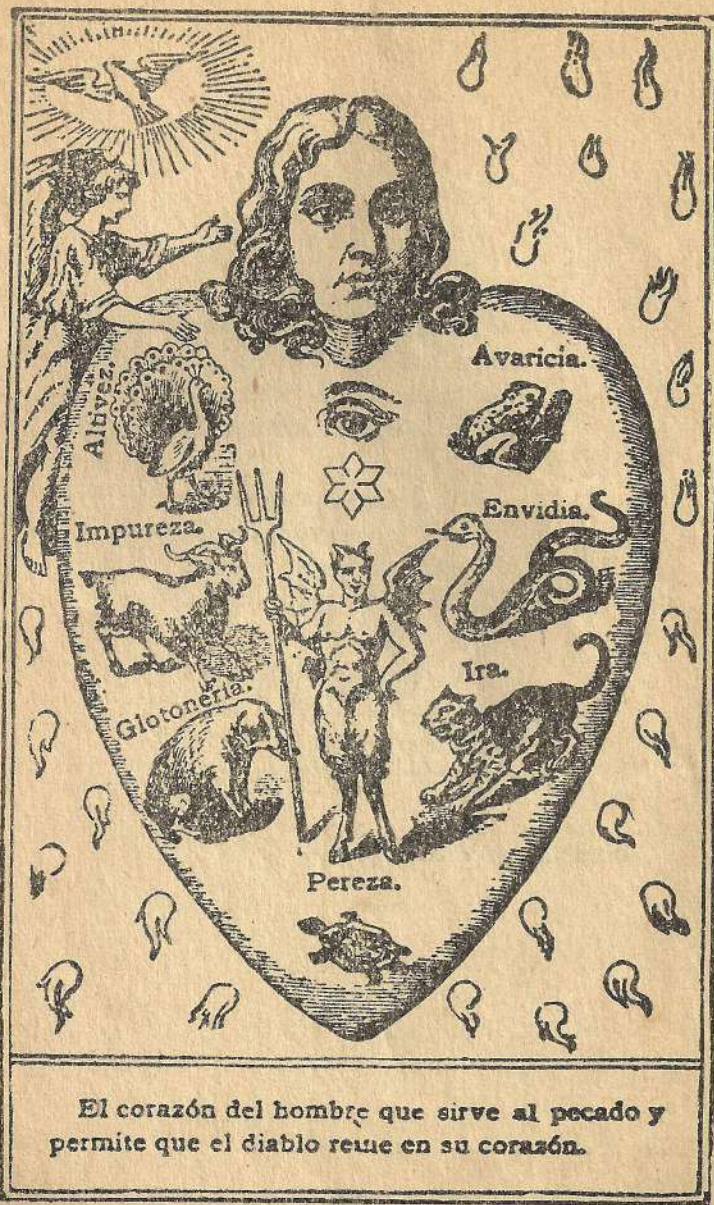
El Espíritu Santo, ahuyentado del corazón, se ha retirado sin embargo, no deja de brindar al pecador sus gracias y dones, representados por las llamas de fuego que aparecen en torno del corazón; pero no halla entrada, estando éste lleno de la abominación del pecado y sometido enteramente al poder de Satanás.

El ángel bueno, o sea la gracia de Cristo, intenta despertar al pecador, sirviéndose de la Palabra del Señor, y de otros medios para la comunicación de la gracia divina; mas el hombre hace oídos de mercader y desdeña su exhortación, estando embrutecido y envenenado por las concupiscencias y los deleites del pecado.

Tal es el estado horroroso y lamentable del pecador que vive con arreglo y sujeción al espíritu que domina el siglo. ¡Oh, cuántos viven con aparente seguridad en esta miserable condición, como si no le amenazara peligro alguno! Pasan por cristianos, pero en realidad son siervos del pecado, esclavos de Lucifer; teniendo nombre de viviente, están muertos (Apoc. 3:1).

ORACION

Dios omnipotente y Salvador, mira con ojos de piedad infinita el estado miserable de mi pobre corazón pecador; alumbra los ojos de mi alma con los rayos de tu luz celestial, disipa mis tinieblas a fin de que penetre yo la condición de mi corazón, y concédeme tu gracia para que logre deshacerme de cuanto quede aún de deplorable estado. Haz que en adelante nunca jamás se degrade entregando mi corazón al Maligno mediante pecados voluntarios. Infúndeme pavor con el recuerdo de que **cualquiera que peca es siervo del pecado y del diablo, hijo de Satanás** y de que están hinchando y contaminando mi corazón tantos espíritus inmundos como son los vicios a que estoy dado. Tú, Señor, que eres el Creador de todas las cosas, has creado para Ti mi corazón con el propósito de que fuese Tu morada. ¿Cómo, pues, he podido entregarlo a Satanás, para que le sirviese de taller? Líbrame, Dios omnipotente, del poder del Maligno; purifícame de la inmundicia del pecado; toma mi corazón perverso e impío, crea en mí un corazón nuevo y puro, y prepara Tú mismo en mí una morada aceptable, para gloria del nombre santísimo de Jesús. Amén.



Pasé la flor de mis años
¡Ay de mí! que sin razón
En medio de los engaños
De aquella ciega afición.

Hermosura celestial;
Lejos anduve de Vos
Lejos, y lleno de mal,
Como quien vive sin Dios

Pero, ¡qué fuera de mí,
Si me hubierais Vos llamado,
En medio de mi pecado
Al tribunal que ofendí!

—Lope de Vega Carpio.

SEGUNDA FIGURA

IMAGEN DEL CORAZON DE UN HOMBRE QUE SE ARREPIENTE Y EMPIEZA A HUIR DEL PECADO

La gracia preveniente de Dios y de Cristo, simbolizada por el ángel, expone ante los ojos del hombre las funestas consecuencias y la paga del pecado, que son la espada, el juicio y la muerte. Le convence por medio de la Palabra Santa que **ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los ávaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los robadores heredarán el reino de Dios** (I Cor. 6:9-10); y que enojo e ira, tribulación y angustia serán sobre toda persona humana que obra lo malo (Rom. 2:9).

El pecador, horrorizado y tembloroso, reflexiona. Merced a esa luz sobrenatural que ahora penetra en su espíritu, reconoce lo feo y vergonzoso del pecado, se duele de él, lo aborrece y desprecia; quisiera librarse de él, mas siente su poder y conociendo su propia debilidad e inclinación al mal, exclama desde el fondo de su corazón: **¡Miserable hombre de mí! ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?** (Rom. 7:24). Contéstale la gracia de Dios por Jesucristo; y el Espíritu Santo, que ha vuelto a acercarse al corazón arrepentido y afligido, lo penetra con llamas de amor divino, dándole luz y fuerzas.

Tan pronto como la luz del Santo Espíritu toca el corazón y las chispas de fuego sagrado se extienden por el mismo, Satanás con su asqueroso séquito se ve obligado a retroceder: forzosamente han de huir las formas vergonzosas, los animales horrendos, las imágenes del vicio. Donde entra la luz, la obscuridad desaparece; así que amanece el día, acabóse la noche. La gracia divina es la luz, las tinieblas y la noche son el pecado. Desde el momento que empezamos a odiar el pecado, Satanás tiene que largarse; él gobierna solamente en el pecado y la obscuridad; únicamente por medio del pecado halla entrada en nuestro corazón; el amor al pecado la entrega la llave y el apego al mal le abre las puertas de par en par. Por el contrario, el amor a Dios y a lo bueno, y el odio al pecado, le ahuyentan y atrancan la puerta.

¡Oh, almas! amad la luz, leed y creed las Santas Escrituras, aborreced lo malo, resistid al diablo, y de vosotros huirá. Cerrad vuestros



ojos al mundo, al pecado y a todos los incentivos al mal, y abrid vuestro corazón a la claridad del Espíritu Santo; dad la bienvenida a cada promesa preciosa de ese libro sobrenatural y permitid que aleje de vuestra alma el pecado y las tinieblas, Satanás y el infierno. Escudriñad con diligencia vuestro interior para descubrir y aborrecer toda abominación de maldad que allí anide. A la luz de Dios, que siempre está ante vosotros esperando le déis entrada, y que entra en efecto tan pronto como se abre la puerta, iluminando y animando cuanto existe en cada uno de aquellos animales asquerosos, descubriéis en toda su lealdad cada granito de polvo y cada sombra de pecado; y la gracia de Dios, que se manifiesta con potencia en los débiles, os librará de todo esto.

ORACION

¡Oh Dios fuerte! de toda luz y vida; sólo Tú, sólo la luz de tu Espíritu, sólo la revelación de la Santa Biblia, puede manifestarme mi pecado en toda su torpeza y ruindad. Que la luz de la vida penetre mi alma enternecida a fin de que vea y viva. Tú, que no desees la muerte del pecador, tampoco desees la mía, antes bien tan cierto como es que Tú vives, tan cierto es que Tu voluntad es la conversión y la vida de este miserable pecador. Revélame el pecado que ciega, me mata y me retiene en la esclavitud de Satanás. Concédeme aquella gracia que en Jesucristo has prometido a los pecadores; que penetre mi corazón y lo hiera con contrición y con aquellos dolores que son precursores de la salud, para que el pecado, la muerte y el diablo me abandonen, cediéndote a Ti el puesto. Dame Tu Espíritu Santo a fin de que despierte en mi alma un vivo amor hacia Ti; y concédeme gozo y satisfacción en el cumplimiento de Tus mandatos para que el pecado no reine más en mis miembros, y Satanás no me ofusque, me engañe y se enseñoree de mí. Dame un conocimiento luminoso, claro y vivo de la verdad que en el pecado no hay salvación, sino que quien lo practica es siervo e hijo de las tinieblas y del infierno. No permitas que jamás olvide la enseñanza de Tu Palabra, esto es, que ninguna alma perversa puede estar en Tu presencia, que ningún injusto puede entrar en Tu reino y que un juicio severo y la condenación eterna aguardan a todos los malhechores.

Ayúdame a arrepentirme sinceramente de todo pecado, a confesarlo con ingenuidad y abandonar resueltamente cuanto reprueba tu,

santa ley, toda sombra o apariencia de maldad, y a convertirme a Ti para que, purificado de lo malo, librado del poder de las tinieblas, pueda ser susceptible de Tu gracia, luz y comunión y agradarte en todo. Amén.

Siento, Redentor de mi alma,
Siento el tiempo que he perdido.
Tanto don que he malgastado,
La maldad que he cometido.

Ya, Señor, a Ti me vuelvo,
De mi culpa arrepentido.
Porque traición Te he hecho
Todo el tiempo que he vivido.

Tienes Tu palabra dada
Que si el pecador contrito
Del pecado se apartare
Viniendo a Ti arrepentido,

Le perdonarás de suerte
El pecado cometido,
Que de él no tendrás memoria
Mas que si no hubiera sido.

Soy, Jesús, aquel malvado;
Héme aquí, Señor divino,
De confusión llena el alma,
A Tus plantas ya rendido.

Yo os ofrezco, Señor, Tu sangre;
En su gran valor confío,
Que aplicada por mis culpas
Quedaré de manchas limpio.

TERCERA FIGURA

ESTADO DEL CORAZON DE UN HOMBRE QUE CREE EN CRISTO, ACEPTA EL EVANGELIO Y ESTA LLENO DEL ESPIRITU SANTO

El pecador, ya dispuesto, esto es, confuso, enternecido y contristado a la vista de sus pecados y de la bondad y paciencia de Dios que durante tanto tiempo le ha soportado y por fin le ha conducido el arrepentimiento, ahora derrama amargas lágrimas de contrición. En el fondo de su alma se duele de los graves insultos que tan a menudo ha dirigido a Dios, del desvío y desprecio con que Le ha tratado, de haber tenido en poco Su grande amor y longanimidad, de haberle abandonado tanto tiempo, sirviendo en cambio a Su enemigo.

Ahora bien: dispuesto ya el hombre mediante la gracia previniente, se cumplen aquellas declaraciones bíblicas: "Muchos son los males del justo, mas de todo ellos le librá el Señor" (Salmo 34:19); y "El sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas" (Salmo 147:3). El ángel, o sea la gracia divina, se aproxima al alma y le revela el Evangelio de Jesucristo crucificado. Le comunica la grata y salutífera noticia que el Hijo de Dios vino al mundo para salvar a los pecadores tales como él, que Cristo murió por ellos para alcanzarles la vida eterna. Así que al corazón quebrantado, contrito y avergonzado ofrece Dios en Cristo la gracia, el perdón, la vida y la salvación cumplida. Si el pecador acepta por fe y con humilde confianza este ofrecimiento; si se acoge a Cristo crucificado y se apropia los méritos de Su vida y muerte; si cree firmemente que todo esto fue por él y se le ofrece sin dinero, y sin precio por mera gracia; entonces recibe, lo mismo que todos los creyentes en Cristo, el Espíritu Santo, el cual da testimonio a su propio espíritu de que sus pecados todos han sido perdonados, y de que él ha sido hecho hijo de Dios. El Santo Espíritu llena su corazón de paz, gozo y justicia, y así en verdad el reino de Dios viene para él. Sus lágrimas correrán todavía, pero ya son lágrimas de gratitud, de alegría y de sumisión a Aquel que le ha redimido de sus pecados y llenado de Su Espíritu. En cuerpo y alma se regocija en el Dios Vivo.

Vemos en este corazón una estrella resplandeciente, signo de la fe en él encendida. Los enemigos de su salvación, los animales fétidos. Satanás y su comitiva, han desaparecido de aquel recinto, y de este hombre se puede decir lo que de los fieles de Corinto: "Y



Corazón del hombre que, creyendo en el evangelio de Jesu-Cristo, es lleno del Espíritu Santo.

esto erais algunos: mas ya sois santificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios" (I Cor. 6:11).

¡Oh, cuán gloriosa, cuán bendita y deleitosa es la condición del alma de un pecador perdonado! No puede menos de prorrumpir en cánticos de alabanza. Enajénale la alegría que siente en su Salvador y en la posesión de Su gracia: todas sus fuerzas son insuficientes para ensalzar debidamente el amor y la misericordia divinos: párecele que la eternidad no será bastante larga para el loor que quisiera tributar al autor de su salvación.

Pero a pesar de embargarle el espíritu este gozo extático, conviene que tenga un temor sano y vigilante, ocupándose en su salvación con temor y temblor, pues si bien los animales, o sean los pecados, están en efecto fuera del corazón, y Satanás ha perdido sobre éste sus derechos y poder, no están lejos, y todos aún están en acecho día y noche, deseosos de volver al sitio de donde han sido expulsados. Cuanto más ha perdido el Maligno, más se enfurece. Por lo tanto, velad y orad.

ORACION

Divino Salvador, ¡cómo me regocijaré lo suficiente en Tu gracia y amor!, cómo agradecerte bastante Tu glorioso evangelio de salvación! Tú has permitido que hallara en Tu sangre la redención, o sea el perdón de todos mis pecados (Efesios 1:7). Asimismo me has sellado, y has dado la prueba de Tu Espíritu en mi corazón (II Cor. 1:22). ¡Oh! avive más y más mi fe, abre todavía más los ojos de mi alma, a fin de que llegue a discernir los espíritus y a conocer todos los tesoros, todas las bendiciones celestiales que me has procurado mediante Tu pasión y muerte y me brinda ahora Tu evangelio. Graves y numerosos son los pecados que me has perdonado. En gran manera me has ensalzado y enriquecido. Antes yo era taller de Satanás y ahora soy hecho templo del Espíritu Santo. En otro tiempo mi corazón era antro de espíritus inmundos, mas ahora inspiro regocijo a los ángeles. Anteriormente el pecado rugía en mí y el diablo me tenía subyugado, pero ya no siento sino gozo, paz y justicia en el Espíritu Santo que mora en mí y que Dios me ha dado. Quedan expulsados los enemigos de mi salvación, rotas las cadenas que me sujetaban a la esclavitud del pecado y Satanás, y me encuentro libre, he hallado misericordia. ¡Cómo podré jamás agradecerte el haberme concedido tu gracia! No cesarán mis labios de entonar Tus alabanzas.

Una sola cosa Te pido, amado Salvador: que no me dejes ni retires de mí Tu mano ¡Oh Dios de mi salvación! "Enseñame, oh Jehová, Tu camino; caminaré yo en Tu verdad, consolida mi corazón para que tema Tu nombre" (Salmo 86:11). Guárdame para que nunca me entregue a la desidia, sino que vele continuamente, no sea que vuelva a caer en los lazos del enemigo y me deje seducir por el pecado. Confirma Tu gracia mi corazón a fin de que siempre deteste el mal y huya de toda ocasión de pecar como huiría del mismo infierno. Ya que me has libertado, no permitas que jamás vuelva a ser esclavo; y puesto que has santificado mi corazón, presérvalo de manera que nunca más sea profanado y corrompido, sino que permanezca templo del Espíritu Santo y centro y morada de paz, de gozo y de justicia en el mismo Espíritu. Amén.

Hay para mí sólo un bien en la tierra,
Y es Dios, que inflama sin cesar mi ardor
Sólo mi Dios, consuelo y paz encierra,
Y ansioso vuela a sólo Dios mi amor,
 su dulce amor bendigo
 Y sin cesar le digo:
Mi Dios, mi Dios, mi corazón sostén,
Porque eres Tú mi solo Dios, mi bien.

Sólo mi Dios toda dolencia cura
Sólo a mi Dios el alma buscará,
Sólo mi Dios consuela mi tristura,
Y nada ya sin Dios me bastará.
 Repita mi alma en tanto
 De paz el dulce canto:
Mi Dios, mi Dios, mi corazón sostén,
Porque eres Tú mi solo Dios, mi bien.

¿Qué sinsabor amarga la alegría
Del corazón que Dios llega a elevar?
¿Quién temerá, gran Dios, si en Ti confía?
No hay males para quien sabe amar.
 Amar al Dios del cielo
 Desde este pobre suelo,
Es la canción del celestial Edén:
Mi solo Dios, mi amor, corona y bien.

CUARTA FIGURA

REPRESENTANDO EL CORAZON DE UN HOMBRE QUE, SIENDO RECONCILIADO CON DIOS POR LOS MERITOS DE CRISTO, NO SABE OTRA COSA SINO A CRISTO CRUCIFICADO

En el corazón de un pecador perdonado y regenerado no se ve más que a Jesucristo el crucificado y los emblemas de Su pasión; pues el Espíritu Santo que ahora le mueve y rige, y cuya dirección ha aceptado, no puede encender en él de mejor modo la llama de amor, que representándolo de continuo a Jesucristo con todos Sus padecimientos y Su agonía en la cruz, y recordándole lo mucho que su redención costó al divino Salvador. Por lo tanto viene a ser obra primordial del Espíritu dirigir las atentas miradas del creyente hacia la cruz y recordarla la pasión de Jesucristo. Exclama el cristiano con el apóstol Pablo: **“Nada sé sino a Cristo, y a Este crucificado”**. “Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gálatas 6:14).

Bajo la dirección del Espíritu Santo halla el pecador redimido tanto consuelo y tantas fuerzas en los padecimientos y muerte de su Redentor que éstos llenan su corazón por completo. “Si Dios está por mí”, exclama, “¿quién estará contra mí? El que aun a Su propio Hijo no perdonó, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con El todas las cosas?” (Rom. 8:31-32). Los padecimientos y la muerte de Jesús le son, pues, una prenda y garantía del amor eterno de Dios Padre, quien le ha reconciliado así en Cristo, no imputándole sus pecados (II Cor. 5:19). Cristo crucificado constituye el fundamento de su confianza en Dios, o sea en el amor eterno. ¿Qué puede negarnos Dios el Padre, habiendo entregado a Su propio Hijo para padecer tanto por nosotros?

Y precisamente por cuanto de este modo Cristo crucificado, cual precioso don divino, ha llegado a ser posesión suya y mora en su corazón, por tanto el creyente halla en El una fuente riquísima no sólo de consuelo, sino también de poder espiritual para obrar el bien. Este pensamiento, esa fe viva en Cristo crucificado, este amor divino en su corazón, le induce a aborrecer todos los deleites del siglo, toda concupiscencia moral y todas las glorias y cosas percederas de este mundo. Es como si Cristo le llamara continuamente diciéndole:



"Si quieres venir en pos de Mí, niégate a ti mismo, toma tu cruz y sígueme" (Mateo 16:24). Porque "quien no toma su cruz y sigue en pos de Mí no es digno de Mí" (Mateo 10:38). Domínale el deseo de hacerse semejante a su Salvador, y por eso practica la justicia, sigue la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor (Hebreos 12:14). Se purifica de toda inmundicia de carne y de espíritu, perfeccionando la santificación en temor de Dios (2 Cor. 7:1). No echa en olvido el hacer bien y compartir con otros lo que posee, pues, sabe que de tales sacrificios se agrada Dios (Hebreos 13:16). Se regocija cuando le es concedido sufrir oprobio, persecución, miserias y humillaciones por amor de Cristo, sabiendo que si padecemos juntamente con Cristo, juntamente con El seremos glorificados; en una palabra, por amor de Aquel que le amó y Se dio a Sí mismo por él, lo vence todo, mirando a la recompensa graciosa y sobremanera grande que será dada a cuantos se mantienen firmes en la lucha y perseveran hasta el fin". "El que venciere poseerá todas las cosas" (Apoc. 21:7). Estas palabras que suenan en sus oídos le alientan, por lo cual olvida lo que queda atrás y se extiende a lo que está adelante, prosiguiendo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús (Fil. 3:13-14).

ORACION

¡Oh amor mío, mi amor crucificado, Jesucristo! Tú me has reconciliado con Dios; de aquí en adelante Tú sólo morarás en mi corazón. A Ti, al recuerdo de Tus padecimientos y muerte dedicaré mi vida entera. Que el amor con que me has amado viva en mí, penetre mi espíritu hasta sus más recónditos repliegues, domine mis sentidos y me gobierne en todo; que ese amor me renueve conforme a Tu imagen, a fin de que llegue a ser semejante a Ti, y para que Tus padecimientos y muerte se manifiesten visiblemente en mí. ¡Oh! concédeme tal modo de pensar y sentir, que en lo sucesivo, por el eminente conocimiento de mi Salvador, pueda mirar como polvo y basura aquellas cosas que me parecían ventajosas y en las cuales confiaba y me sostenía. Sé Tú mi todo, y que todo lo demás me parezca como nada, a fin de que pueda ganarte y sea hallado en Ti; para que, en vez de fiarme de mi propia justicia que proviene de mis buenas obras, posea Tu justicia que me es ofrecida en virtud de mi fe en Ti, la cual sólo es tenida en cuenta delante de Dios; y para que pueda conocerte, y la virtud de Tu resurrección y la participación de Tus padecimien-

tos, asemejándome a Tu muerte, hasta que por fin pueda decir: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo no ya yo, mas vive Cristo en mí (Gálatas 2:20).

Sí, único y querido Salvador mío, ayúdame a contemplarte sin vacilación alguna, a Ti, autor y consumidor de mi fe, quien aunque rodeado de gozo y de alegría elegiste la cruz con su aprobio. Que Tu vida constituya el pasto dulcísimo de mi espíritu; que Tu Cruz sea mi sostén en la lucha con el pecado y Tu muerte mi apoyo en las aflicciones y la muerte. En cada tentación que vuelvan hacia Ti mis ojos; en la duda, en la angustia y en la obscuridad, que Tu amor sea mi sol y mi escudo, mi luz y salvación, a fin de que nunca desmaye ni me debilite, sino que corra con paciencia la carrera que me es propuesta. Amén.

¡Oh Dios! ¡oh manantial de mi alegría,
De mis afectos centro,
De aquellos días más felices gloria,
En la aflicción consuelo!

Si en la mayor obscuridad asoma,
Amanece al momento;
De mi alma es la estrella matutina,
Sol de mis pensamientos.

Con sacrosantos rayos se iluminan
A mi alrededor los cielos,
Cuando a Jesús decirme oigo que es mío,
Y que vivo en su seno.

Al oír esta voz, quisiera el alma
Romper lazos terrenos,
Volar a su Señor, y arrebatada
Estrecharle a su pecho.

Sin temor al pecado ni a la muerte,
Vencería al infierno,
Y en alas de amor y de fe pura,
Alcanzaría el cielo.

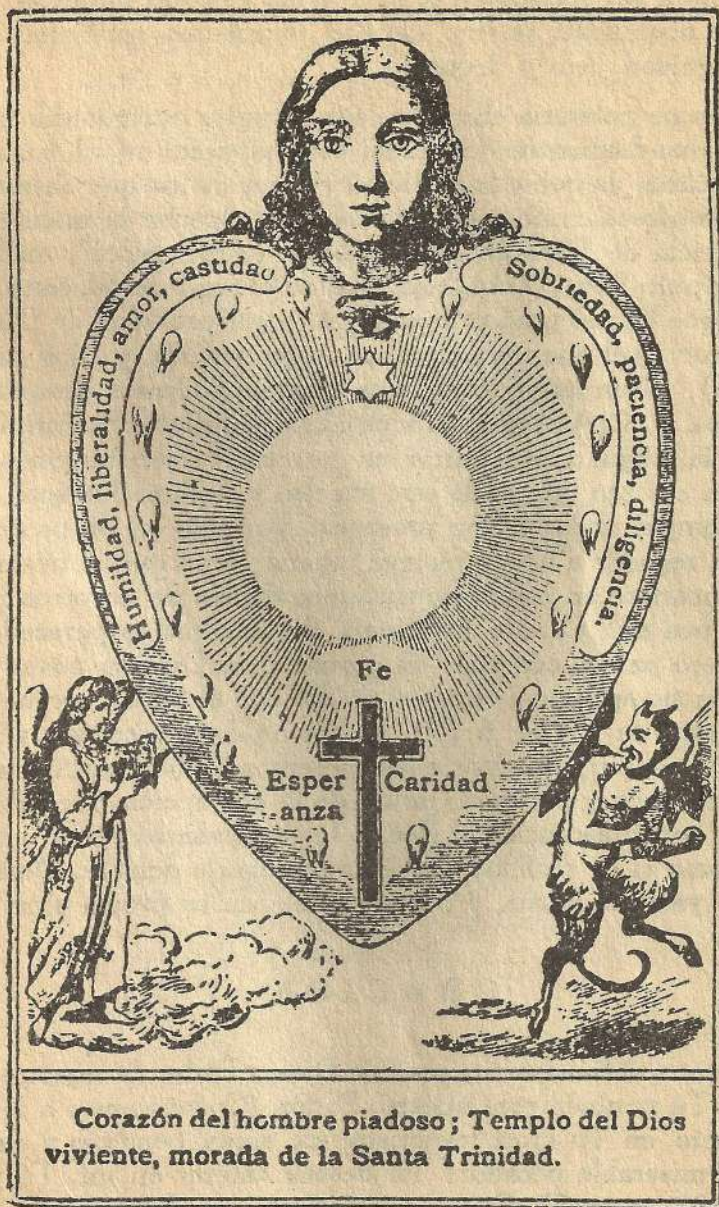
—Mora

QUINTA FIGURA

CORAZON DEL HOMBRE PIADOSO, TEMPLO DEL ESPIRITU DIVINO Y MORADA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

En el corazón del pecador perdonado y regenerado, el cual ha sido santificado por el Espíritu Divino, aparecen ahora el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, o sea la Santísima Trinidad, conforme a las palabras de Cristo: "El que Me ama, Mi palabra guardará; y Mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos con él morada" (Juan 14:23). Tales son la honra y la gloria experimentadas por el cristiano. Perdonado y lavado de sus pecados con la sangre de Cristo, se siente movido a gratitud hacia su Redentor; le ama sobre todas las cosas, y por ese motivo guarda también sus mandamientos. La divinidad entera hace su mansión en él, por amor del Hijo es amado del Padre; y Este le visita. De aquí que escriba el apóstol Pablo: "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguna violare el templo de Dios, Dios destruirá el tal; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es". (I Cor. 3:16); y en otro lugar declara: "Vosotros sois el templo de Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré en ellos; y seré el Dios de ellos, y ellos serán Mi pueblo" (II Cor. 6:16).

Además de la Santa Trinidad, notamos en el corazón la cruz de Cristo, pues ésta no la puede olvidar nunca el cristiano, ni aparte nunca de ella su atención y sus afectos. Los padecimientos, la muerte y los méritos de Cristo crucificado, permanecen como el fundamento sobre el cual edifica, la base de su fe y de su esperanza, y la fuente de la cual dimana su amor. Por más que fije sus miradas en el Padre, en el Hijo o en el Espíritu Santo que mora en él, por más estrechamente que esté unido a Dios y por más sublime que sea el gozo que le inunda, siempre mira hacia atrás y se pregunta: ¿Cómo es que yo, vil y despreciado pecador, haya alcanzado esta gracia inmerecida? Y luego viene la contestación: Por Cristo, y Este crucificado, El cual me ha reconciliado con Dios por medio de Su muerte. El fue quien por Su cruz apartó de mí el pecado, la maldición y la muerte, y mereció y me ofreció la gracia, la salvación y la vida; por Su gracia y méritos soy lo que soy.



En vez de los siete pecados cardinales y mortales que antes, estando sin Cristo, poseían su corazón y lo convertían en obrador de Satanás, ahora percibimos en el mismo las virtudes opuestas: humildad; amor, liberalidad, pureza, caridad, templanza, sobriedad, paciencia, y benignidad, celo y devoción.

¿Quién no porfiaría con todas sus energías por guardar las palabras y los mandamientos de Cristo, esto es, creer en El, amarle, seguirle e imitarle, ya que a la fidelidad y amor de los que observan sus doctrinas se ofrece como incomparable recompensa la manifestación y permanencia de Dios en el corazón? “¡Amémosle!”, exclama el amado discípulo Juan, el cual reposaba en el seno del Maestro, “amémosle, porque El nos amó primero, y el amor proviene de Dios pues Dios es amor; y el que vive en amor, vive en Dios, y Dios en él” (I Juan 4:16). ¡Aun estando en este mundo podemos aproximarnos tanto a Dios. . . ! ¡Aun en esta vida Dios manifiesta Su infinita condescendencia, dignándose entrar en nosotros! Ejercitémonos, pues, con afán en el trato íntimo de este excelso y sublime huésped, y procuremos siempre andar en Su presencia, gozando en Su preciosa comunión, entregados a El sin reserva alguna; y ya que el mismo Dios mora y permanece en nosotros, entremos dentro de nosotros mismos y quedémonos allí. Cuanto hay fuera de nosotros es percedero; el mundo entero pasará con toda su gloria; pero Dios en nosotros permanece para siempre, y si estamos unidos con el Señor, somos con El un mismo espíritu (I Cor. 6:17). El nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fuésemos hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huído de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia (II Pedro 1:4). Creamos en El, acojámanos a El como si en realidad pudiéramos tenerle delante. Quien cree en El tiene ya vida eterna, y posee el cielo en su propia alma (Juan 6:47).

ORACION

¡Oh santo, infinitamente amable Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo! Tú también eres nuestro Padre. ¡Cuánto amas a los hombres! ¡Cuánto, en Tu Hijo Jesucristo, me amas, bendices y alegras a mí, pobre, miserable pecador! Tú deseas habitar en mí, Tú permaneces en mí y yo en Ti. Estrecho, en efecto, es el parentesco que te une a mí y que me une a Ti. Seré plenamente colmado de todos tus

dones (Efesios 3:19). ¿No debiera yo amarte con toda mi alma, con todo mi corazón y con todas mis facultades? ¡Oh! dame ese amor, que sea yo todo amor, así como Tú lo eres. Goce más y más de Tu presencia, y quede más íntimamente unido a Ti. No permitas que nada me separe de Tu amor. Guarda mi corazón como eterna morada Tuya. Atrae a Ti mi espíritu hasta en sus más íntimos repliegues, para que te ame a Ti solo, me abrace contigo solo, estime como vanidad cuanto no sea de Ti, verte y hallarte en todo y hacerlo y sufrirlo todo por amor de Ti, de manera que seas Tú sólo mi deseo, mi todo, oh Dios de mi alma, mío por toda la eternidad. Amén.

Lléveme, Señor, tras Ti
El olor de Tus ungüentos
Y el fruto de los tormentos
Que padeciste por mí.

Y que el corazón de suerte
Ocupe yo en Tu memoria,
Que no procure otra gloria,
Sino Tu cruz y Tu muerte.

Da gracia, Jesús mío,
Porque me halle brevemente
Al bien del cielo ferviente
Y al del mundo helado y frío.

Llévame, Señor, tras Ti
El olor de Tus ungüentos
Y el fruto de los tormentos
Que padeciste por mí.

—Padilla.

SEXTA FIGURA

ESTADO DEL CORAZON DE UN HOMBRE CUYO CELO SE ENTIBIA Y QUE VUELVE A ENCARIÑARSE CON EL MUNDO

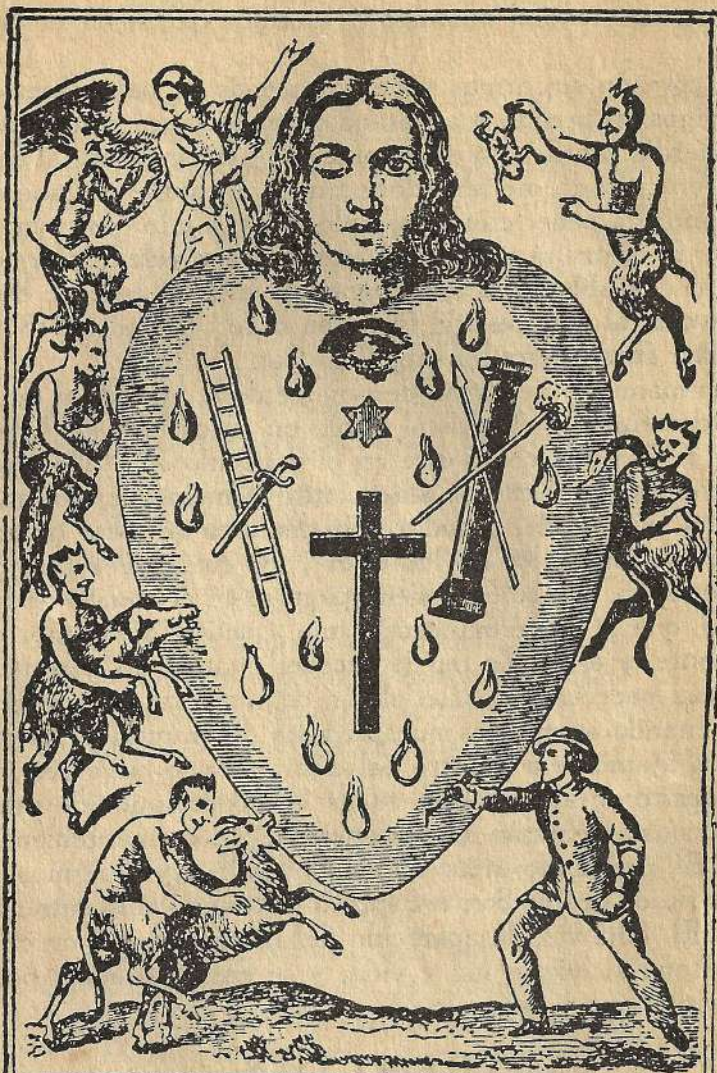
En este grabado vese una cara de la cual un ojo mira fija y osadamente en derredor, mientras el otro parece soñoliento. Dentro del corazón han disminuido los emblemas de la pasión de Cristo, las llamas de fuego se van apagando, y la estrella, símbolo de la fe, háse obscurecido, perdiendo su fulgor y gloria. El significado de esto es que, cuando el hombre ora con menos fervor, entrégase a la pereza y cesa de velar con la constancia de antes; cuando dirige sus miradas a las vanidades de este siglo, dejándose enredar más y más por los compromisos, honores y entretenimientos del mundo y de la carne; cuando, como consecuencia natural de lo mismo, medita con menor frecuencia en los padecimientos del Salvador, alza rara vez sus ojos al Crucificado, al autor y consumidor de su fe, y así poco a poco va alejando a éste del centro de sus afectos; entonces se apaga el fuego de la devoción, el amor a Jesús se enfría, se evapora, trocándose en tenebrosa indiferencia, y el hombre se vuelve indiferente y pusilánime. Y ¿qué sucede luego?

El mundo, representado por el hombre con el puñal, se introduce de nuevo y con violencia en su corazón; por carecer el hombre de una fe robusta, de valor, de luz resplandeciente y de amor, empieza a temer las amenazas del mundo o bien se deja seducir por sus lisonjas y halagos, y vuelve a poner en él sus afectos.

Dado tal estado, Satanás también regresa, trayendo consigo los inmundos animales, lo que puede conseguir con tanta más facilidad cuanto que no encuentra obstáculo alguno en forma de guardia o defensa, pues el hombre ha descuidado la oración y, lejos de evitar las ocasiones de pecar, más bien busca el peligro.

Es verdad que el ángel o sea la gracia de Cristo, intenta ahuyentar a Satanás, pero como el hombre mismo, mediante el pecado, en vez de velar y orar y de cooperar fielmente con la divina gracia, abre de par en par las puertas al enemigo, éste entra triunfante a tomar posesión.

Aquí conviene prestar atención a las palabras de Cristo: "Velad y orad, para que no entréis en tentación", y a las del apóstol Pablo: "Orad sin cesar". La oración es la esencia de la vida cristiana; donde mengua aquélla va en menos todo lo bueno. La oración es el



Corazón del hombre que deja de ser celoso y comienza á amar otra vez este mundo.

aliento del alma; donde para o se debilita la respiración, todo lo santo desfallece de inanición. Cuando dejamos de velar y nos entregamos al sueño, viene el enemigo y siembra cizaña en medio del trigo.

Un corazón sin armas y desguarnecido se halla abierto a todos los enemigos, el pecado y a Satanás. Por lo tanto cuídate mucho de que la guardia santa, esto es, la oración y la devoción, al contemplar a Cristo crucificado, no abandone nunca tu alma, ni cabecee no sea que la impureza penetre en el templo de Dios y lo destruya en el cual caso Dios te destruirá a ti. **“Sed templados y velad; porque vuestro adversario el diablo, cual león rugiente, anda al rededor buscando a quien devore; al cual resistid firme en la fe”** (I Pedro 5:8). **“El que piensa estar firme, mire no caiga”** (I Cor. 10:12).

Es sumamente peligroso despojarse de la armadura tan elocuentemente descrita por el apóstol Pablo en su carta a los Efesios, cap. 6, vers. 13-17, pues, como dice en el versículo 12: **“No tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados, contra potestades, contra señores del mundo, gobernadores de estas tinieblas, contra malicias espirituales en los aires”**, los cuales nos persiguen con dardos de fuego, que sólo pueden apagarse en el escudo de la fe. Precisa, pues, que la fe permanezca firme y activa, y el amor sea siempre ferviente, y esto sólo puede suceder cuando no permitamos que Jesús y sus padecimientos se alejen de nuestros ojos y de nuestro corazón, cuando apartamos nuestra vista del mundo y sus embelesos y miramos fijamente a nuestro Salvador, cuando cerramos y atrancamos nuestro corazón contra todas las seducciones de este siglo y sentimos constantemente la presencia de Dios, manteniendo comunión con El, prestando atención a Sus caminos y designios de gracia y a los influjos de Su Santo Espíritu y cuando nos entregamos sin reserva a El. Una vez desaparecido del corazón Jesús crucificado, la fe pierde todo su vigor, luz y vida, y se enfría el amor por carecer de su único apoyo y estímulo.

ORACION

¡Oh Señor! escudriñador de los corazones, Tú me has examinado y conocido. Tú conoces mi debilidad, lo voluble que es mi corazón, cuyo amor tan fácilmente se enfría y cuya fe tan pronto se debilita. Tú sabes, Señor, cuán propenso estoy al pecado y a los engaños mundanos, cómo procuro evitar todo esfuerzo y molestia, toda

vigilancia sobre mi propio espíritu. Fortaléceme, avívame, manténme en rectitud y firmeza, pues sin Ti nada puedo hacer. No me dejes ni retires de mí tu mano protectora, Dios de mi salvación. Deseo que me sostengas. Anhele permanecer en Ti. Que no se disminuya en mí la luz divina, ni se enfríe mi amor; que no vacile mi confianza ni me falta la fe. Renueva continuamente mis fuerzas, fomenta en mí el deseo de orar, e infúndeme nuevo gozo, para que ponga en Ti más confianza. Dame más claridad de vista a fin de que mis ojos se fijen en Ti, y para que sienta yo a cada momento nuevos impulsos, inspirándome siempre en Tu pasión. Aparta mis ojos de las cosas vanas.

¡Oh! si pudiera a Dios aproximarme,
Tranquila el alma en celestial recreo
¡Oh! si una luz tuviese en el camino
Que me conduce al celestial Cordero.

¿Dónde el reposo está que conocía
Cuando llevé al Señor mi ardor primero?
¿Dónde la paz que hallé cuando buscaba
En la palabra de Jesús consuelo?

¡Cuán dulces horas disfrutaba entonces;
Oh cuán dulce y grato es aún su recuerdo!
Mas hallo ahora un árido vacío
Que sólo Dios disipara del seno.

¡Oh! Consolador, Espíritu Santo,
Vuelve el descanso a mi afligido pecho,
Que ya el pecado impuro y vergonzoso
Que tu mirad contristó, detesto.

El ídolo a mi corazón más grato,
Aquel que me postró con su embeleso,
Pronto caerá, por Tu virtud, del trono
Y a Ti tan sólo adoraré en su centro.

Y así podré hacia Dios aproximarme,
Tranquila el alma en celestial recreo;
Y luz divina alumbrará el camino,
Que me conduce al celestial Cordero.

—Mora,

SEPTIMA FIGURA

EL CORAZON DE UN HOMBRE QUE PECA VOLUNTARIAMENTE DESPUES DE SU PROFESION DE FE PERMITIENDO QUE EL PECADO Y SATANAS IMPEREN EN EL

Esta lámina representa el corazón del pecador, descrito por Cristo en el Evangelio según San Lucas, cap. 11, vers. 24:26: "Cuando el espíritu inmundo saliere del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo; y no hallándolo dice: Me volveré a mi casa, de donde salí. Y viniendo, la halla barrida y adornada. Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él; y entrados habitan allí. Y lo postrera de tal hombre es peor que lo primero".

¡Qué espectáculo tan horroroso! He allí a Satanás de nuevo en el trono, morando en el corazón, dirigiendo y dominando lo que pudiera ser aposento de Dios y templo del Santo Espíritu. Vuelven a verse en aquel recinto los antiguos pecados y abominaciones; los animales inmundos han fijado otra vez en él su morada, y viven como en su propia casa. Y ¿de dónde proviene esto? El hombre no apreció la gracia ofrecida y gustada y después de haberse escapado de las contaminaciones del mundo por el conocimiento del Señor se tornó atrás del santo mandamiento y se olvidó de la purificación de sus antiguos pecados. Y quien no adelanta retrocede, pues es imposible quedarse parado. El que no porfía a entrar por la puerta estrecha, el que no avanza con denuedo y valor por el camino angosto, el que no procura con diligencia ser fortalecido en su odio al pecado y en su desprecio del mundo con sus concupiscencias, evitando toda ocasión de pecar, pronto cae en la red tendida por artificios de Satanás, corroborando el proverbio citado por el apóstol: "El perro se volvió a su vómito, y la puerca lavada a revolverse en el cieno" (II Pedro 2:22); es decir, que el hombre desprevenido y negligente reincide de sus antiguos pecados, y se entrega de lleno a sus gustos y concupiscencias.

En un corazón en que mora el pecado no está el Santo Espíritu, pues, ¿cómo puede el Espíritu de Dios habitar juntamente con espíritus inmundos? ¿Cómo puede el corazón ser a la vez templo de Dios y aposento del diablo?

El ángel, representante de la gracia divina, también se ve entristecido, pero con las manos alzadas para indicar que Cristo todavía



Corazón del hombre que, después de su conversión, vuelve al pecado y sirve otra vez el diablo.

se apiada del miserable pecador, y gritándole, por decirlo así, con acentos lastimeros: "¡Oh, si quisieras conocer lo que se refiere a tu paz y felicidad! Los brazos paternales de Dios, el corazón de tu Redentor, te aguardan abiertos. Vuélvete, apóstata, y hallarás misericordia".

Mas el hombre ya no oye: descaradamente dirige sus miradas al mundo; ya no se avergüenza del pecado, ora sea secreto, ora público y afrentoso. No percibe al abismo en el cual se precipita, ni se da cuenta de las abominaciones que reinan en su corazón, por hallarse enteramente cegado por Satanás.

Mira ese cuadro, querido compañero en la peregrinación de la vida, tu propia condición cuando, después de haber profesado arrepentimiento de tus pecados, de haberlos confesado, no evitas la maldad, sino que te arrojas en sus brazos. Tu último estado viene a ser peor que el primero. El pecado y Satanás tienen ahora más fuerza, rugen con más fiereza dentro de tu alma, y tú eres más completamente su siervo y esclavo. Guárdate, por tanto, de reincidir en tus anteriores hábitos y delitos. Si una vez has recibido la divina gracia, si una vez has renunciado al pecado y a Satanás y declarado guerra al orgullo, a la avaricia, a la impureza, a la envidia, a la embriaguez, a la ira y a la pereza, sigue siendo siempre su enemigo implacable; no permitas que ponga jamás un pie en el santuario de tu corazón, persíguelos, o bien huye de ellos siempre que puedas; de otra suerte, si les das lugar, tu postrimería será peor que tu principio. Confía en Dios, quien es bastante poderoso para socorrerte y darte la victoria sobre tus enemigos. Aunque sufras una caída levántate y reanuda la lucha; pero no conciertes nunca la paz con el adversario, antes bien, extiende tu mano para encontrar la de tu Redentor omnipotente. Este puede y quiere auxiliarte. Su brazo no se ha encogido para que no pueda salvar. El es más fuerte que el valiente armado, Satanás, y puedes atarle, despojarle de sus armas y de su botín, echarle fuera y ponerte en libertad. ¿Cómo pueden consentir que tu corazón sea y permanezca aposento de demonios, cuando puede ser y permanecer templo de Dios?

ORACION

¡Oh Dios! eres aún mi Dios y mi Padre? Yo soy criatura tuya; Tú me hiciste. Yo soy tuyo, oh Cristo Redentor; Tú eres mi Salva-

dor, y me has sido hecho por Dios sabiduría, y justificación y santificación y redención. Estás sentado a la diestra de Dios, y tienes en Tu mano todo poder y dominio para redimirme del pecado, de Satanás y de la muerte, aunque sea preso y esclavo suyo. Recibiste dones para los hombres, aun para los rebeldes (Salmo 68:18), y por tanto para ese pecador que tanto se ha alejado de Ti. Tú recibes a todos los pecadores sin rechazar a ninguno de cuantos se dirigen a Tu presencia; héme aquí, pues, alzando a Ti mi voz en demanda de gracia y misericordia. Quieres y puedes salvar a todos. Ninguno se halla tan profundamente sumergido en el abismo que no puedes ni siquiera retirarle de él. Sácame de la esclavitud del pecado y del diablo; que ellos no habiten más en mí. Mi corazón Te pertenece: lo has redimido con Tu sangre, es tuyo y no lo puedes dejar en poder de otro. Por eso envía Tu luz para disipar las tinieblas; concédeme Tu Espíritu para que Satanás huya de mí. Otórgame gracia a fin de que el pecado pierda su aguijón; coloca a Satanás debajo de mis pies y destruye su poder. Líbrame. Amén.

¡Ay! de aquellos que ponen sus cuidados
En bienes de la vida fugitiva,
Y están del Bien supremo olvidados.

Dejan a Dios que es fuente de agua viva,
y cávanse cisternas disipados,
Do la sed no apaga, antes se aviva.

Porque dotó al humano entendimiento
Dios de tal alto ser, que la criatura
Sólo en El lleno puede haber contento.

Y así, sola aquella viva y pura agua
Que El le da, la sed quita eternalmente
Al hombre lo deleita y da hartura.

Antes en El se hace de ella tal fuente
Que hasta la vida perdurable sube,
Y lleva el alma a su primer Oriente.

—A. de Alarcón.

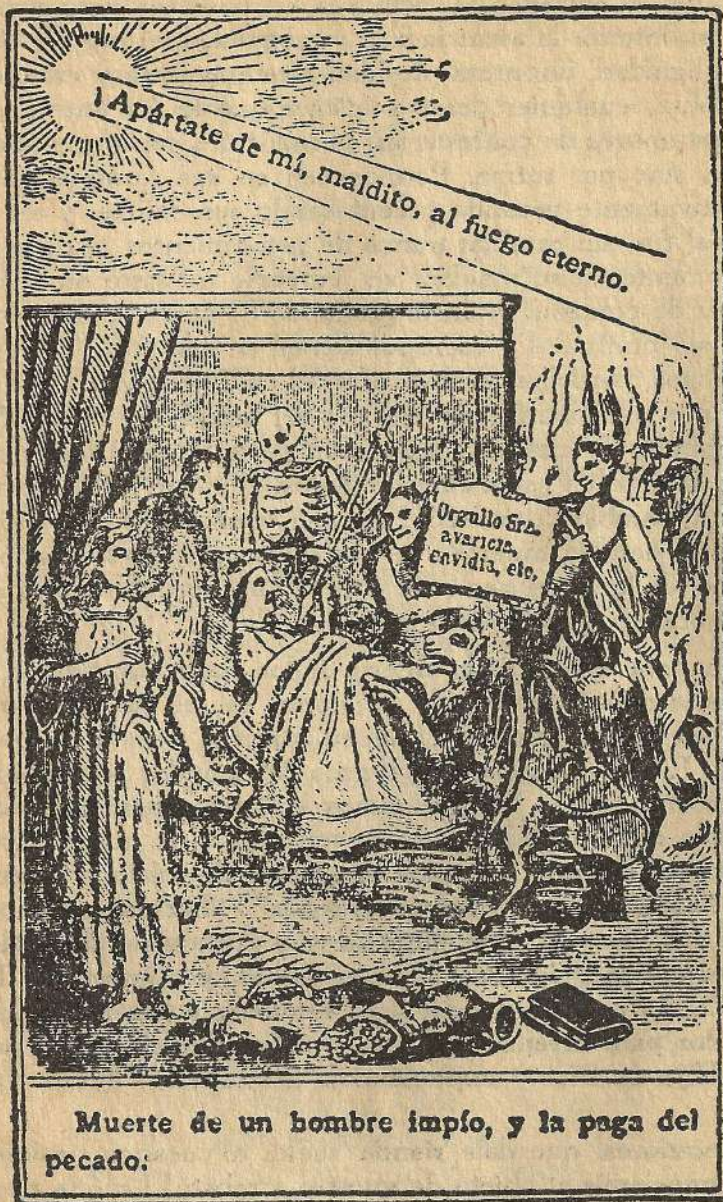
OCTAVA FIGURA

LA MUERTE DEL IMPPIO Y LA PAGA DEL PECADO

Con el cuerpo dolorido, el espíritu lleno de angustia y zozobra, atormentado de temores, en la agonía de la muerte, y con la horrenda perspectiva del juicio venidero, el pecador impenitente yace moribundo en su lecho.

De todos abandonado, sin auxilio, incapaz de ser consolado, porque no cree ni conoce a Dios y al Salvador, la muerte le mira cara a cara amenazando privarle de cuanto posee; amigos, bienes, honores, placeres, deseos, de todo absolutamente de todo, Satanás le echa en cara sus pecados. Antes le incitó a ellos presentándolos revestidos de mil atractivos y bellezas; pero ahora echa en cara los mismos pecados que a su instigación cometió, y le recuerda sus funestas consecuencias, que son, la ruina eterna, la condenación, los tormentos y las penas eternas.

Desesperado mira el infeliz en torno suyo, mas no percibe sino formas espantosas, y su conciencia, hasta aquella hora aletargada, despierta con pasmosa energía y le acosa con los dolores infernales. A sus pies percibe el abismo, abierto para tragarle irremisiblemente. Endurecido su corazón desde hace largos años para todas las impresiones santas, y sordo a la voz de Dios, ya no puede escuchar las amonestaciones y los consejos saludables, y vuelve la espalda al Espíritu benigno, a la gracia divina, al ángel mensajero, y éste se ve obligado a abandonarle, dejándole en la desesperación, en cuyos brazos el moribundo voluntaria y perversamente se ha arrojado. Ahí exhala su último suspiro, comparece ante el tribunal de Cristo, y de los labios de Aquel a quien despreció durante su vida, cuya palabra rehusó oír o abandonó después de oír, cuya gracia desdeñó y cuya sangre pisoteó, de los labios de su Juez escucha la sentencia irrevocable: "Apártate de Mí, maldito, al fuego eterno". Tal es la paga del pecado y de las concupiscencias de este mundo, y rechazado, condenado por Dios, excluido del cielo y apartado para siempre de la presencia del Señor, es arrojado al abismo, a un estado de miseria eterna, al fuego que nunca se apaga y a los tormentos del gusano que nunca muere, a aquel lugar donde hay lloro y llanto y crujir de dientes.



¡Oh, cuántos seres se precipitan hacia esa perdición eterna! ¡Cuántos que se llaman cristianos y tienen la intención de serlo, sirven al pecado, se entregan al vicio y a las pasiones vergonzosas, y abrigan en su interior la avaricia o la prodigalidad, el orgullo o la envidia, la malignidad, impureza, desidia, intemperancia y embriaguez, en una palabra, cualquier deseo o placer que se les antoje! Quizá sigan las costumbres de confesar sus pecados, no con el propósito de enmendarse, sino por rutina. Permanecen en sus caminos perniciosos, alternativamente pecando y confesando sus delitos, y así continúan hasta el fin, sin cambiar nunca de pensamientos ni de arrepentirse sinceramente de su maldad, sin volverse a Cristo su Redentor con sencillez de corazón, y sin implorar de El gracia y misericordia. A pesar de ser puntuales y escrupulosos en su asistencia a la iglesia, de oír sermones, participar de los ritos del culto y tomar la Cena del Señor, siempre son los mismos, siervos del pecado y del mundo, esclavos de Satanás; y cuando más toman parte en las funciones religiosas, más se fían de estas exterioridades, como si no tuvieran necesidad de un cambio de corazón, de una verdadera conversión. Inopinadamente viene la muerte y los arrebatata, y como han sembrado para la carne, de la carne siegan la corrupción, porque todo lo que el hombre sembrare esto también segará.

Sobremanera terrible es la muerte de los que en un tiempo conocieron la gracia divina, pero no la recibieron, de los que antes oyeron de Cristo, mas no creyeron en El, en su corazón, sino al contrario se apartaron de El echándose en los brazos del mundo; pues conforme escribe el apóstol Pablo: "Si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, va no queda sacrificio por el pecador, sino una horrenda esperanza de juicio, y hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios". "Porque es imposible que los que una vez se fueron iluminados, y gustaron el don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo la buena palabra de Dios y las virtudes del siglo venidero, y cayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio" (Heb. 10:26; 6:4-6).

¡Oh pecadores, que dais rienda suelta a vuestras pasiones, si solamente conocierais el objeto de vuestro arrebatata! Lo que ahora os halaga y lisonjea, algún día os atormentará. Fijaos en vuestros caminos desordenados y aborreced lo malo. Privaos de los deleites sensua-

les del pecado, pues tales cosas os encaminarán a la destrucción. Escuchad la voz cariñosa del buen Pastor, Jesucristo, que os llama diciendo: "Venid a Mí; la sangre que vertí os lavará de vuestras culpas. Os perdono, y os salvo. A mis ovejas les doy vida eterna". No endurezcáis vuestros corazones al oír la voz de ese Buen Pastor, no sea que algún día oigáis los fatídicos acentos del Juez: "Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno". "Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo".

ORACION

¡Oh Dios! Tú eres justo, y todos Tus juicios son rectos. No haces excepción de personas, sino que darás a cada uno según haya merecido. El que no se arrepiente, ni cree en tu palabra y la guarda no verá la vida, mas permanecerá en muerte por los siglos de los siglos. Tan bueno como eres para con los píos creyentes, otro tanto serás terrible para con el pecador impenitente que no quiere convertirse a Ti. ¡Oh Señor y Salvador! Tú me has redimido del pecado, de la muerte y del infierno; dame fuerzas a fin de que a tiempo aparte mi corazón eternamente de lo malo y te lo entregue a Ti; despiértame para que sea arrancado de la muerte y reciba la vida. Quebranta mi corazón, para que me halle verdaderamente contrito y, dejándome atraer por tu Espíritu sea transformado por El en criatura nueva, y luego viva para Ti y muera en Ti. Amén.

¿Qué es la vida en efecto? humo que pasa,
¡Y con todo el mortal tanto la aprecia,
Y tiene la locura incomprensible
De apegarse a las cosas pasajeras!

¿Qué es la vida? un vapor que se disipa,
Un sueño cuya imagen se desecha.
¡Y con todo eso el hombre se fatiga,
Y está tan pesaroso de perderla!

Y yo, para quien ya la vida acaba,
¿Qué puedo ya buscar, Dios de clemencia,
Sino a Ti solo, pues de Ti solo
Depende la esperanza que me queda.

—P. Olavide,

NOVENA FIGURA

ESTADO INTERIOR DE UN CRISTIANO QUE PERSEVERA HASTA EL FIN DE LA LUCHA CONTRA EL MAL Y EN LA PRACTICA DE LA PIEDAD

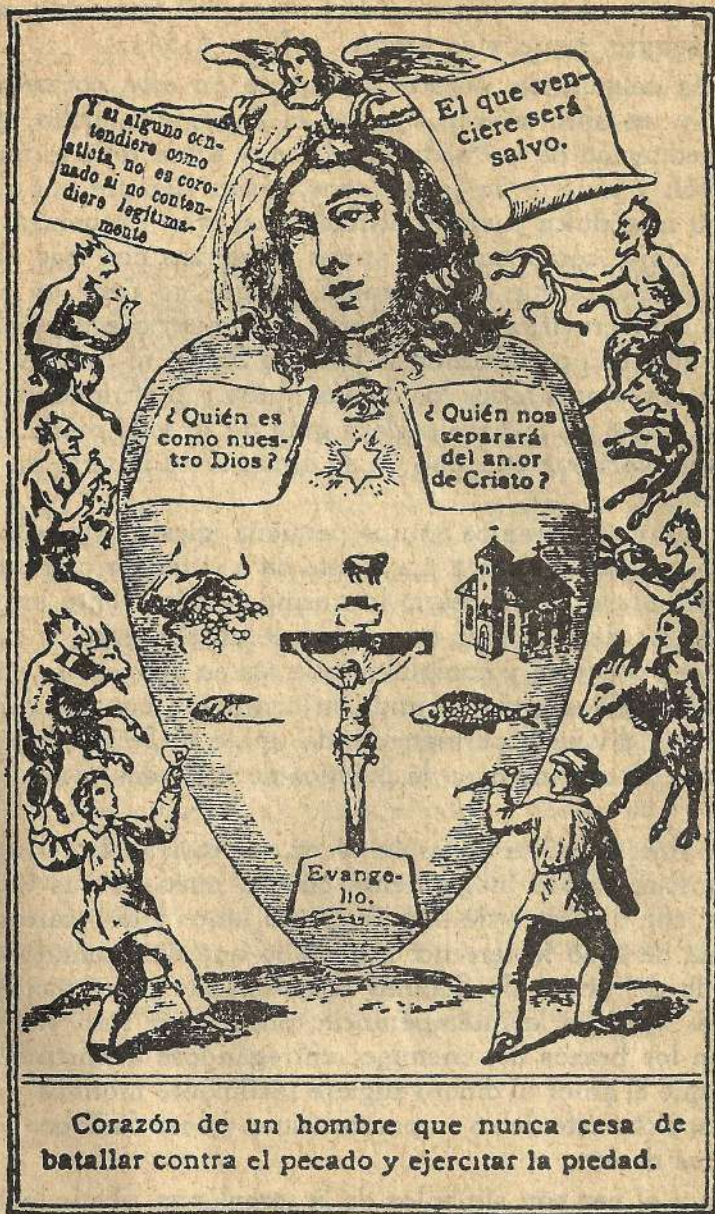
De esta figura se aprende cómo el corazón del cristiano está rodeado por todas partes de enemigos. Satanás y el pecado nos están acechando de continuo con el objeto de recobrar su antiguo imperio. Abajo vemos dos hombres, representando el mundo, el uno con una copa en su mano incitando a los placeres sensuales, mientras el otro con un puñal intenta apartar al creyente de lo bueno y arrastrarle a una vida perversa con amenazas, persecuciones, blasfemias y otros medios violentos.

Durante la vida presente, el cristiano tiene que pelear continuamente con estos enemigos de su alma, con la carne, el mundo y el diablo; pero su corazón está prevenido y armado, y aquellos no le pueden vencer.

Encima de la figura se cierne el ángel, representante de la gracia divina, instándola sin cesar a sostener con firmeza la lucha y estimulándole con estas palabras a la perseverancia: "El que lidia, no es coronado si no se lidiare legítimamente" (II Tim. 2:5), y "Quien persevera hasta el fin, éste se salvará" (Mateo 10:22).

Dentro del corazón brilla resplandeciente y hermosa la estrella, señal de que en tal fe está viva, y ésta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe (I Juan 5:4). Por estar el hombre lleno de confianza en Dios, a un lado de su corazón aparecen escritas las palabras: **¿Quién como tú; oh Señor?** En efecto, Dios está con él, y el creyente todo lo puede en Dios y por Dios; bástale su gracia. Al otro lado percíbese: **¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿tribulación o angustia? o persecución? o hambre? o desnudez? o peligro? o cuchillo? Antes en todas estas cosas hacemos más que vencer por medio de Aquel que nos amó** (Rom. 8:35-37). La fe y el amor, ocupando el lugar supremo en su corazón, le confirman en todo lo bueno.

En medio del corazón puede verse un sello con la inscripción, **¡Jesús mi amor!** Indicio es éste de la grande hambre que tiene del verdadero alimento del alma, del pan de vida que descendió del cielo y da vida al mundo (Juan 6:33). Con este pan vivo y vivificante



nutre y robustece su fe y amor, participando con frecuencia de la Santa Cena; de semejante alimento saca grandes fuerzas, aun la vida eterna, conforme a la promesa de Cristo: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna" (Juan 6:54).

Además ocupan un puesto preferente en este corazón Cristo crucificado y un libro abierto, que es el Santo Evangelio; pues la lectura y meditación de la Palabra de Dios, y sobre todo lo que refiere a la pasión y muerte de Jesús, constituyen siempre sus mayores delicias y su más dulce pasto espiritual, y en ellas encuentra refrigerio para su alma, como también armas y fuerzas con qué combatir todas las tentaciones que se presenten. El que no tiene en su corazón a Jesucristo crucificado, por cierto está muerto espiritualmente, y quien no ama con predilección la Palabra Santa, ni la lee y medita, estimándola superior a todos los demás libros y prefiriéndola a todas las ciencias; quien no la hace regla y guía de su vida diaria, se halla a lo menos gravemente enfermo en su alma, si no muerto ya y separado de Cristo.

Y por último reparamos en una pequeña iglesia, una bolsa de dinero abierta, un pan y un pez. La iglesia da a entender que este hombre acostumbra a orar sin cesar, lo mismo públicamente en la congregación de los fieles que en la soledad de un aposento, y en donde quiera que se encuentre y cualquiera que sea su ocupación, en su corazón habla con Dios y vive y anda en comunión con El, gozándose en la presencia divina y permaneciendo unido al Señor. Sin la oración nadie puede continuar en la práctica de la piedad, de la fe y del amor.

La bolsa abierta indica su esplendidez, su caridad fraterna. Combate la avaricia, dando alegremente cuanto puede a sus hermanos necesitados, con el objeto de manifestar su amor y de apartar más y más su alma de todo lo terreno. Bien sabe que aun cuando el alma se ha librado del poder de Satanás abandonando otros vicios groseros como la lujuria o la intemperancia, puede caer otro vez insensiblemente en los brazos del enemigo, entregándose a hurtadillas a la avaricia, y que el amor al dinero sugiere fácilmente motivos y pretextos para descuidar este deber importantísimo de ser dadivoso y de hacer bien a los demás.

El pan y el pez son símbolos de la templanza, abstinencia y sobriedad. El cristiano procura en todas las cosas guardarse dentro de los debidos límites, no sea que por una tolerancia inmoderada la con-

cupiscencia de la carne sobre fuerzas mediante el comer y beber, quedando el espíritu oprimido e inhabilitado para el ejercicio de la piedad.

Armado así el cristiano sostiene con denuedo y firmeza la lucha; jamás depone su armadura, y de este modo queda dueño de la situación y triunfa de todos sus enemigos, del mundo, del diablo y de la carne.

ORACION

¡Oh Jesús, amor mío! Si Te poseo, nada más quiero en la tierra y en el cielo. Quédate en mí, y permite que yo me quede en Ti; entonces seré siempre una rama fértil; mas sin Ti nada puedo hacer. Avive más y más mi fe, a fin de que pueda asirme a Ti, que eres omnipotente, y por medio de Ti venceré todas las cosas. Acreciéntese en mí tu amor, e inflama mi corazón entero, para que sobre todas las cosas te ame a Ti, hermosura excelsa, gloria eterna, y para que fuera de Ti no encuentre nada glorioso, atractivo ni digno de mi afecto. Concédeme gracia y constancia, pues de Ti sólo provienen. Que nada me separe de Tu amor. Sean Tu cruz, Tu muerte y la Cena conmemorativa de la misma, el alimento que estimule mi amor y devoción a Ti; que ellas me unan indisolublemente contigo. Proporcióname por estos medios lo que me has prometido, la vida eterna ya en este suelo, y mora Tú por la fe en mi alma (Efesios 3:14-21). Que Tu palabra, tan llena de poder y de vida, me vivifique, ilumine, anime y esfuerce en medio del combate diario. Que mi corazón, todas mis inclinaciones, mis pensamientos y todos mis deseos sean entregados a Ti. Ayúdame a pelear no solamente contra algunas concupiscencias y deseos perversos sino contra todo lo malo: contra la avaricia, lo mismo que contra la voluptuosidad, la envidia, tanto como la malicia, contra el orgullo, la ira, la venganza, la ociosidad y la intemperancia. Inspírame para que ore sin cesar, hallando en Ti a cada momento nuevo poder para luchar con éxito y serte fiel hasta el fin. Amén.

¡Es el Señor! ¡Escúchale, alma mía!
Jesús desde su trono esplendoroso.
Te dice compasivo y amoroso:
“¿Me amas, dime, oh pobre pecador.

“Yo desaté los lazos que te ataban;
Herido, yo curé tu horrible herida;
Te puse en el camino de la vida;
Torné tu obscuridad en resplandor.

“¿Podría la madre dar al olvido
El tierno fruto de su amor primero?
Sí, cabe esquivo desamor y fiero;
Mas yo jamás, jamás te olvidaré.

“Mi amor es un amor que nunca cede,
Más alto que del monte la alta cima,
y más profundo que insondable sima,
Fuerte como la muerte, libre y fiel.

“Pronto verás mi gloria en las alturas,
Cuando el día de gracia esté completo;
Un lugar en mi trono te prometo:
¿Me amas? dime, oh pobre pecador”.

Señor, que éste mi amor es flojo y tibio
Mi amargo dolor es, mi desgracia;
Pero Te amo y Te adoro: ¡oh! dame gracia
Para que aymente más y más mi amor.

—Mora.

DECIMA FIGURA

LA MUERTE DEL PIO Y JUSTO

Cuando a un hombre que ha permanecido firme y constante en la práctica de la piedad, le llega su última hora, contento y sin inquietud se deja caer sobre el lecho de la muerte. No teme a ésta ni al juicio, por cuanto ni la una ni el otro puede alcanzarle, según afirma Jesús con estas palabras: "El que oye mis palabras, y cree al que me ha enviado, tiene la vida eterna; y no vendrá a condenación; mas pasó de muerte a vida" (Juan 5:24).

Allí, pues, yace el justo, teniendo la conciencia tranquila, porque sus pecados le son perdonados y disfruta de la gracia de Dios en su corazón. Posee a Jesucristo crucificado; todo su amor y toda su esperanza reposan en Aquel a quien ha llevado en su corazón durante su vida, y en quien sólo ha depositado siempre su confianza. Para Cristo ha vivido y para Cristo muere. El rostro benigno y alegre del moribundo refleja la paz interior, el consuelo divino, el bálsamo del Santo Espíritu que moran en su alma. Hacia el cielo dirige sus ojos y eleva su corazón, y su aspecto todo expresa y proclama el íntimo deseo de su alma: "Anhelo estar, desatado, y estar con Cristo".

Aguardando está el ángel del Señor para llevar al seno de Dios el alma de este justo así que haya terminado su carrera. Cuando por fin se halla libre de las ligaduras del cuerpo y de la mortalidad, esa alma vuela al encuentro de Aquel en quien creyó acá abajo, a quien esperaba y amaba aun sin verle. Ahora se le concede la dicha de comparecer ante la presencia de su Amado. Cristo le sale al encuentro, y extendiendo los brazos exclama: "Bien, siervo bueno y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor" (Mateo 25:21).

Avergonzado y confuso se retira Satanás.

¡Qué gozo! ¡qué éxtasis al encontrarse con Cristo cara a cara; verle tal cual es y ser semejante a El en gloria y bienaventuranza! ¿Quién será capaz de describirlo?

Así muere el justo, el que cree en Cristo y persevera en la lucha contra el pecado, el mundo y Satanás. Tal será el fin dichoso y bendito de los conflictos y padecimientos del hombre piadoso. Que esto estimule a cada uno a continuar creyendo y lidiando, sin dejarse abatir nunca por el cansancio sino porfiando con todas sus ener-



La muerte de un justo.

gías a entrar por la puerta estrecha y a terminar felizmente su carrera. Más allá de la muerte nos aguarda una corona de gloria y una herencia incorruptible que no pueda contaminarse, y que es inmarcesible.

ORACION

¡Oh Señor Jesucristo! ¡Cuán feliz, seré en mi lecho de muerte teniéndote a Ti en mi corazón y siendo confortado con los consuelos de tu presencia! ¿Quién me condenará? ¿Mis pecados? Tú los has perdonado, y me has justificado, lavado, purificado y santificado con Tu preciosa sangre. ¿Satanás? Tampoco; Tú le has vencido y despojado de su poder; nada podrá él contra mí, puesto que Tú estás conmigo; más todavía, has muerto por mí, has resucitado y estás a la diestra de Dios intercediendo por mí (Rom. 8:34).

Nada, pues, en la hora de la muerte podrá separarme de Ti y de tu amor. Ahora, amadísimo Jesús, déjame vivir y morir para Ti sólo. Concédeme Tu gracia para que cada día muera a todo cuanto se Te opone, y logre librar mi corazón de cuanto no me ha de acompañar en la muerte. Despierta en mí un deseo abrasador de poseer tu eterno reino celestial, de tal modo que viva ya como súbdito del cielo, en el cual estoy empadronado como ciudadano y miembro de Tu familia. Esta bendita esperanza de estar algún día contigo me llena continuamente de celo hasta el punto de no cansarme de hacer bien, sabiendo que si no desfallezco al debido tiempo recogeré el fruto de mis trabajos. No me falten nunca amadísimo Salvador la fe en Ti, la confianza en Tus divinos méritos ni Tu misericordia y amor; antes auxiliame para que crea firmemente y confíe en tu pasión y muerte, en tus méritos preciosísimos e infinitos, oh Señor, que has muerto por mí y por ahora para mí vives enteramente. Amén.

Oye lo que la voz celeste dice
De los que en paz en el Señor murieron.
De su nombre exhala aromas y perfumes:
Plácido es su dormir, blando es su lecho.

En Jesús durmieron y son benditos;
Dios los acoge en su benigno seno,
Y en esa mansión de reposo santo
Gozan felices galardón eterno.

—Mora.



846 - 81 - 27

MINA No. 143-A 06300 MEXICO, D. F.

Tiro: 3,000 Ejemplares

CONSÍGALOS EN

SU LIBRERÍA

FAVORITA O EN



LA ANTORCHA DE MEXICO, A. C.

PUENTE DE ALVARADO 34 MEXICO, D.F. 1

LIBROS AFINES

Balanzas de oro

Si quieres tamales compratelos

Salvación simplificada

Un católico investiga el protestantismo

Mormonismo investigado

El cura la mujer y el confesionario

La fé de nuestros abuelos

Que hay tras la cortina de la muerte

Juanito y su cilindro